

## ¿Qué es poesía? ¡Poesía soy yo!

*De cómo y por qué mi ombligo no es un periscopio y debería dejar de parapetarme tras la poesía para enrostrarle a otros humanos unas semblanzas artificiosas de mi zafia e innecesaria persona.*

Tranquilícese, joven poeta. Cese de escrutar el manuscrito fresco, roerse las uñas y abollar las cejas buscando la forma de que su nuevo poema hable de usted y relájese: su poema ya habla de usted. Al menos, del usted de hoy. Créame, se lo aseguro. Es más: le apuesto diez pesos a que no puede escribir un poema que no lo represente más o menos íntimamente. Escriba, por ejemplo, acerca de la noche y los astros. Al hacerlo, traslucirá sus preferencias de armonía sonora, los gustos de su lengua, su relación con la obra de Neruda y su opinión sobre los cuerpos celestes en general, si tiene alguna. **No importa de qué hable, su voz habla de usted:** ahora ya lo sabe. Y sólo me debe diez pesos. Si usted es su yo poético, y su propia mirada, y también el tema central del poema, y también el intérprete oral, la obra corre el riesgo de volverse trágicamente redundante hasta parecer una selfie que ocupa tiempo en vez de espacio. La poesía autobiográfica o confesional tuvo cultores célebres, aún antes de que existan los blogs. Pero donde el medio escrito marca una fértil distancia en la que el lector reconstruye al poeta y a su intención a través de la obra y de su antojo, **la oralidad restringe la posibilidad de interpretación:** poeta y poema se presentan y desarrollan simultáneamente, y es difícil distinguir entre ambos, incluso si se quiere hacerlo.

Cada tanto, me siento a escribir sin inspiración, oficio ni disposición, movilizado íntegramente por la ansiedad urgente de producir una cierta cantidad de texto mensual que me habilite a seguir justificando mi imbecilidad práctica con el piadoso velo de la condición de artista. Me obligo a concentrarme, castro mi ansiedad y ordeño mi lóbulo frontal con pulso torpe para que supure el relato de las últimas cosas que me hayan conmovido (en vez de, digamos, buscar otros temas que me conmuevan). Cuando me lacero de este modo y soy mi perro y mi Pavlov, lo que produzco son poemas o capítulos babosos de retórica onanista en los que todas las figuras refieren a mí, y apelo a términos abstrusos, paralelismos legos, sarcasmo hueco y metáforas mezcladas para ensuciar el espejo y que parezca pintura. En este párrafo, por ejemplo, hablé de mí abusando de esos recursos. El producto es tolerable a la lectura silenciosa, pero si yo me metiera enfrente suyo y leyera en voz alta esta oda personal, seguramente brotaría en usted la sólida cuestión “**¿y a mí qué me importa?**”. Esa inmemorial incógnita, con más o menos complementos, es la que asola la atención del público de un poema selfie.

No se ponga defensivo, Juan. Lejos de mí (pero no tanto, que sufro vértigo) están la vara del poemista o la tijera del censor: la “composición tema: yo” ha sido principio de algunos de mis poemas orales favoritos. Pero todos éstos tienen en común la variación de algún término (el yo poético contradice al poeta, o la voz y el ritmo fuerzan lo íntimo en relato, o en música, o en raptó dramático), entonces me permito sugeriros, con la aparente humildad que vuestra susceptibilidad requiera, que no dejemos de elaborar la voz, probar cambios, ensayar poemas ajenos y dar intención poética a textos extraños; pero sobre todo, que **tratemos de escribir sobre otras cosas**. Porque, en general, lo que uno quiere creer de uno no le importa a nadie.

No lo digo por usted, eh, no vaya a creer. Lo digo por mí.

Usted es fascinante.